

En tanto allá iban monte abajo Andresón y Manuel, ambos silenciosos, entregado cada cual á su idea.

Atravesaron por las calles del pueblo pobre, deteniéndose en algunas casas, para interrogar, para saber de Irene. En todas partes les contestaban con un encogimiento de hombros.

—“¡No sabemos ná! Bastante hay con los de uno, pa averiguar males ajenos!,”

Cada casuca ofrecía á los ojos un cuadro de miseria, sin que pudiera precisarse dónde era ésta mayor. Al arribo de los extraños, las hembras se acurrucaban apretando contra sus cuerpos á sus hijos, castañeteando los dientes. Los hombres dirigían á Manuel y Andresón miradas penetrantes. Eran preguntas mudas, interrogaciones sin palabra.

Al fin lo supo. Alguien, enterado de cuanto en la finca ocurriera, lanzóselo al rostro. En la huerta estaba su Irene, en poder del señorito adinerado, Allí estaba, perdida para en jamás de los jamases. Otra sin ventura á la cuenta.

—¡Pronto!... ¡Pronto!...—rugió Andresón.—¡Quiero tenerle cara á cara! ¡Vengarme!...

—¿De él solo? —interrumpió Manuel.— Espera. Ya te vengarás. Te juro que no has de esperar mucho. ¡Aguarda hasta mañana, Andrés!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

1900 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Bajo la luna, que esmalta la nieve de los picos, descende la turba. Son los pastores de la sierra que acuden al llamamiento de sus hermanos carboneros. Allá, en las majadas, quedan las bestias libres. Sueltas vagarán, á merced del diente del lobo. Vuelta hacia arriba la punta del cayado, semicaída en torno de la cintura su honda, avanzan en zig-zag los gañanes. Precedidos van por sus mastines, que respingan al olfateo sus hocicos, mostrando el recio colmillaje, sacudiendo al aire las carlancas. Igual que á sus dueños les roe las entrañas el hambre; pegadas al espinazo, arrúganse sus pieles, el costillar se dibuja contra ellas, á punto de horadarlas. Igual que sus dueños, parecen prontos al desquite; sus pelambres se erizan en púa sobre el lomo, sus ojos fosforean, sus bocas se abren previniendo la dentellada, sus patas se distienden planeando el zarpazo. Los pastores con los pañolones de hierbas descolgándoles por la nuca, ios camisotes abiertos contra el pecho, las abarcas acorreando los tobillos, y los zajones recruigiendo en los muslos, saltan de peñas-

co á peñasco como una visión prehistórica, abortada por las cavernas.

Abajo, en la planicie, aguardan los carboneros-leñadores. Están sombríos, huraños, silenciosos, con el hacha en la diestra y el cuchillo relumbrando por entre los pliegues de la faja. En torno á ellos se apiñan las mujeres, los ancianos, los niños; hasta las criaturitas de pecho cuelgan en improvisados zurrónes del hombro de sus madres. Ni un solo carbonero quedará en la montaña. Así lo dispuso Andrésón.—Si han de volver no será para vivir en la planicie de cara á los hombres; será para trepar á los más altos riscos, para ocultarse en los picos inaccesibles, encaperuzados por la nieve, para disputar á los lobos la posesión de sus guaridas, y á las águilas el disfrute de sus fortalezas de hielo. Como bestias salvajes se esparcirán por las cumbres, huyendo del acoso, si el grito de su miseria, si el rugido de su represalia no halla eco en los otros desposeídos. ¡No importa que no lo halle! Al menos habrán tomado su desquite. Los carboneros no razonan, no discurren su acción, la sienten, la oyen vibrar con voces despóticas en su alma. También sienten el acicateo del hambre gritándoles desde sus estómagos vacíos: ¡Adelante! ¡No os detengáis!... Venga lo que venga, ¡adelante!... Satisfechos, hartaos un día, aunque sea no más una hora! ¡Ya es razón de que esa hora llegue!...

Y los carboneros aguardan sobre la planicie hacha en diestra y cuchillo en cinto. También esgrimen las mujeres el hacha. Los chiquillos empuñan el aguzado hierro conque se revuelven las brasas; los vie-

jos alzan con sus brazos temblones los báculos que antes les sirvieron de apoyo. Andrésón oprime el perrillo de su escopeta. Manuel dirige su vista á la llanura, al pueblo de los ricos, que esplende en la noche, al resplandor de los focos eléctricos, como un joyel.

Junto á Manuel está María. Su cabellera de azabache se ciñe á su cabeza en casco de empavonado acero; sus ojos lucen bravos; sus labios se reprietan altivos; su alto seno trema bajo la chambrá. Con una mano oprime el hacha, con la otra se apoya en el hombro de su varón.

Los pastores llegan en silencio. En silencio les reciben los carboneros. Ni sus alientos se perciben.

Manuel rompe el silencio.

—Los del llano aguardan. Lo que á ellos solos toca hacer, hecho estará cuando lleguemos. Los alambres y postes telegráficos habrán caído rotos; el puente, que une las orillas del río sobre la vía férrea, saltará; saltará el puente que hay en la carretera. Los que vengan á salvarles llegarán tarde. Vamos al pueblo rico; los del pueblo rico lo quieren. Aquí se alzan nuestras miserias; allí sus abundancias. Ellos nos provocan. Los amigos del valle aguardan. Vamos en su busca. La hora del desquite llegó. ¡Al valle, compañeros!

Al callar Manuel hay una pausa lúgubre, un temblor en la multitud: el temblor que antecede á todas las grandes decisiones. Luego estalla un alarido formidable. Mil brazos ascienden al aire, sacudiendo hachas, báculos, hierros, hondas. Un solo grito, una sola frase araña todas las gargantas: ¡Pan

y justicia!... Recogido es por el viento, que lo lleva de cóncavo en cóncavo. ¡Pan y justicia! gritan las gargantas humanas. ¡Pan y justicia!... repiten los ecos fieramente.

— ¡Adelante!—dice Manuel.

—Aguarda—interrumpe Andresón.—Nada quede en pie tras nosotros que nos ponga en el alma la idea cobarde del regreso. ¡Quemad los chozos! ¡Enterrad bajo sus cenizas la esperanza de volverlos á ver!

Los chozos arden en llamas anchas, azulosas; el humo oculta momentáneamente los resplandores de la luna. En la obscuridad salta la muchedumbre para lanzarse á carrera frenética por la montaña abajo, siempre con el mismo grito en la boca. Hombres, mujeres, niños, viejos, marchan en dirección del llano, enrojecidos por la hoguera, que á sus espaldas fulge. Parejos son de aquellas tribus que, empujadas por el hambre y por la conquista, cayeron sobre el mundo que regían los Césares y cerraron la antigua edad.

Atraídos por el resplandor de las llamas al gótico ventanal de su torre, vieron Fernando Enríquez y la marquesa de Cazorla el desfile de aquella multitud que pasó junto al milano de las tendidas alas y del engrafiado garraje, con frenético pataleo. A la blanca luz de la soberana de la noche se contorneaban rostros fieros, pupilas rencorosas,³ bocas rechinantes, puños en crispación. Con su grito único de ¡Pan y justicia! en los labios, desfilaron frente á los muros, bajo las almenas de la torre del homenaje, sin fijarse en ella, sin detenerse á insultarla y á destruirla,

tratándola despectivamente, en enemigo muerto á quien no hace falta enterrar. Su enemigo no estaba en las feudales ruinas, entre los escombros del castillo medioevo; no encarnaba en la imagen altiva y solitaria de don Fernando Enríquez; en la figura austera y noble de la marquesa de Cazorla. El enemigo estaba en el valle, en los plebeyos enriquecidos, en los feudales de granero y talega.

Al pie de la montaña aguardaban los rebeldes de la llanura. Eran tres ó cuatro mil, haraposos, sedientos de matanza. Seguíanles sus hembras y las criaturas de sus hembras.

¡Pan y justicia!—gritaron los serranos al enfrontar con los del valle.

¡Muerte!... ¡Muerte!... —les respondieron éstos, agitando sus bieldos, sus azadas, sus tijeras, sus hoces. ¡Muerte!—repitieron las hembras sacudiendo al viento las cabelleras destrenzadas. ¡Muerte!—los chiquillos, apretando con sus manecitas las piedras que á orillas del arroyo amontonó la inundación.

— ¡Muerte! ¡Sí, muerte! —dijo Andresón.— ¡Muerte y pronto! Hay que comenzar por allí, por aquel huerto que se alza junto al cañaveral. Allí está mi hija. Abusando de su hambre, de su ignorancia, emborrachándola con el vino de sus bodegas, un rico, el hijo del más rico, la hizo su querida. Allí está durmiendo con él. ¡Vamos á despertarlos!...

Como una tromba cayeron sobre el huerto, asaltando sus verjas, forzando su portón, rompiendo el vidriaje de sus balcones y ventanas; aplastando á los sirvientes que pretendieron acudir en la defensa de sus amos.

Bibiana la cintera, fué arrastrada por las mujeres que la golpeaban rabiosas, gritando: "¡Anda, infame, anda!... ¡Date prisa! ¡Hoy vas á cobrar tus alcahuetes! ¡Hoy vas á pagar de una vez las honras que vendiste! ..". Juanito, sujeto por cuatro mocetones, bramaba de ira y de impotencia. Irene, de rodillas, con los cabellos desordenados, en camisa, como la sorprendió el asalto, se golpeaba contra el suelo la frente, aferrándose á las rodillas de su padre.

—¡No hay perdón! ¡No hay perdón!—gruñía el serrano—¡Vamos á la bodega, garañón de mocitas pobres! Allí tienes una cuba muy grande, muy honda. Mediada está; la conozco; quien caiga en ella no se escapa. De ella habrás sacao el vino pa emborrachar á mi hija y gozar de su cuerpo. ¡Ahora te toca á ti emborracharte. Te va á sobrar el vino. Compañía tendrás también. Te la hará "la cintera". ¡Hala! ¡A la bodega con los dos! Tú—siguió, arrastrando á su hija que se agarraba, para no seguirle, á las baldosas— conmigo, á presenciar su muerte. Bastante le has visto gozar. Ahora mirale padecer.

A un solo y brutal empujón de cien brazos cayeron los dos cuerpos, el de la Cintera y Juanito, en la abertura enorme. El vino saltó á chorros; gritos de agonía sonaron. Luego reinó el silencio, y se oyó el hervir pausado de las burbujas en la cuba.

—Ven con nosotros ó quédate á llorarle—dijo Andresón á su hija.—A tu gusto. ¡Vosotros—añadió dirigiéndose á los rebeldes— prended fuego á la casa:

Tirada contra el suelo, frente al emparrado donde fué reina de una noche, quedó Irene, mientras la

casa se deshacía en llamas y la horda proseguía su viaje.

El pueblo pobre ardió. Los del pueblo rico no podían huir; la multitud tenía su táctica y había ocupado todas las salidas. ¿Defensa? Los ocho guardias civiles que prestaban servicio en el pueblo fueron acuchillados.

Dividido en grupos el ejército de la miseria, se esparcía por las calles derribándolo, asolándolo, destruyéndolo todo. Los graneros se incendiaban sin que se salvara un solo grano; los depósitos de aceite se perdían en pegajosos arroyuelos; de las bodegas salía el mosto á rojas é hirvientes oleadas; con los billetes del Banco y las escrituras de propiedad se hicieron gigantescas hogueras; el oro y la plata eran arrojados á los algibes; los comercios, las tiendas y almacenes ardían desde el techo al cimiento. Los cadáveres se hacinaban sobre las piedras. Quien, caído, vivo aún, desde un alto balcón; quien, pataleaba bajo los hierros de un farol con una cuerda al cuello; cual, sucumbía á corte de hacha; cual otro, á tiro de escopeta. A Lucas le atacaron la boca con sus pagarés y con sus escrituras de préstamo hasta que murió ahogado, asfixiado por su ejecutoria de usurero. Los invasores tostaban á la lumbre de los incendios cachos de carne que, medio crudos, engullían junto á las víctimas sangrantes. Era la locura campesina enseñoreándose de la ciudad; la esclavitud de veinte centurias rompiendo su argolla, cobrándose en horas una deuda de siglos; resumiendo en un segundo trágico el odio de cien generaciones.

Uno de los grupos disparó sus pistolas contra un

individuo que, trajeado á lo señor, daba vuelta á una esquina. Rodó herido de muerte. Era el doctor González-Hernando.

— No importa — dijo cuando los agresores lloraban su error.— Así ocurre siempre. En estas convulsiones no hay tiempo, ni derecho tampoco, á fijarse en quién cae. Es la ley...

Desde la ventana ojival de su torre, contemplaban los marqueses de Cazorla los progresos de la invasión. Tenían mucho horizonte delante de los ojos. Ante ellos brillaron los incendios, primero uno á uno, en grupos después, al fin en hoguera inmensa que todo lo abarcaba; por entre las llamas saltaban figuras espantables, escuadras de enanos que bailoteaban á la luz de las teas. Del valle subía á la torre un murmullo siniestro: el rugido de aquella tempestad.

— ¡Oh! — murmuró la marquesa Isabel echándose hacia atrás. — ¿Qué ocurre allá abajo? ¿Qué es esto, santa virgen, qué es esto!... ¿Quiénes son esos hombres fieras?

— Son nuestros abuelos que vuelven — repuso el marqués de Cazorla.

V

En la casa de don Anselmo, no dió la sorpresa, la celeridad de los invasores, tiempo á plan defensivo. Antes de poner mano á sus armas criados y señores, fueron cautivos de una turba, á cuyo frente caminaba Manuel.

Vano fué implorar clemencia. No la hubo.

Doña Teresa, cogida en volandas por un tropel de hembras, fué arrojada desde un balcón. Viva todavía, palpitando dolorosamente contra las piedras, vió el incendio de su casa, la pérdida de la riqueza que labró comerciando ramerilmente con su cuerpo. ¡Cuántos años, cuántas infamias para acaparar esa riqueza, para dominar en absoluta soberana aquella región, para que se inclinaran ante ella rostros que en otro tiempo se hubieran vuelto despectivamente, para que la adularan bocas que veinte años hacia la hubieran escupido á la faz!... ¡Todo perdido ahora! ¡fortuna, consideraciones, respetos!... ¡Y con ellos la vida, su vida que iba extinguiéndose entre carcajadas é ironías de sus antiguas siervas!...

Su mirada última fué para un cuadro al óleo que desde una ventana arrojaron contra el arroyo. Era

su retrato de gran señora, espléndidamente vestida, recostada sobre un sitial de terciopelo con dorada armadura. La seda repretaba su corpachón; guantes blancos enfundaban sus manos; en los dedos de aquellos guantes relucían sortijas; dos grandes solitarios en las orejillas carnosas; un alfiler de esmeraldas en el seno opulento... Una mujer puso á la moribunda el lienzo enfrente de los ojos. Murió contemplándolo, con dos lagrimones entre el carbón de sus pestañas.

A don Anselmo diéronle más cruel tortura los hombres.

Atado por los pies y las manos, subiéronle á un granero que se alzaba próximo á su vivienda. Abrieron hoyo en la montaña cereal y echaron al caquice en el hoyo. Tenía el trigo color de oro. Grano de oro parecía cada uno del monton. La luna, reflejando sobre ellos por una claraboya, aumentaba su brillantez. Los martirizadores recogieron con sus palas el trigo, y la lluvia de oro cayó despacio sobre aquel adorador del oro que todo lo había sacrificado á su acaparamiento. La lluvia de oro fué cubriéndole pies y piernas; luego se extendió por su vientre; envolvió sus manos que aún se contrajeron apretándola; desbordó por su pecho; hizo en su garganta collar. Al fin goteó por su cara. Bajaba entonces muy despacio, en hilos minúsculos, que entraron por la boca de Anselmo; y ataponaron sus narices y oídos, y cegaron sus ojos. Hubo un estremecimiento final; desapareció Anselmo bajo el amarillo sudario, y el trigo se cerró sobre él en pirámide.

Julia despertó al estrépito del asalto; sólo tuvo tiempo de ponerse una bata y de calzar unas chine-

las. Por una ventana contempló el avance de la horda y se hizo cargo del peligro. Era inútil huirle. ¿Refugiarse? Donde se refugiara, antes ó después la hallarian. Temblando pasó frente á un espejo; al mirarse en él, abrigó una última esperanza. Se la dió su hermosura que triunfó hasta entonces de todo y que á todos se impuso. ¿Por qué no jugarla en este decisivo envite?

Abierta la bata para descubrir el descote, libres los brazos por el desplome de las anchotas mangas; dibujado el gentil arranque de las piernas bajo el borde de la camisa y remarcadas por la holanda las líneas provocadoras de su cuerpo, entró en el patio donde estaba Manuel acompañado de María y de una veintena de mujeres.

Las mujeres, al verla, rugieron, y se replegaron, encogidas, previniéndose para el salto asesino.

Aprovechando aquella pausa, avanzó Julia hacia el obrero.

— ¡Eres tú, Manuel, eres tú! — murmuró. — ¡Y tú, tú, que tanto vales, que tan superior á los tuyos pareces, ¿vas á dejar que me asesinen á mí, á esta mujer?

Y adelantó dos pasos escorzando el busto, dejando salir por entre los encajes sus duros pechos, no estrujados por la maternidad; remarcando contra la holanda la carne dura de sus muslos, echando atrás la cabeza olímpica para descubrir el cuello, por cuya piel resbalaban en cascada lúbrica los oros de su pelo, ofreciéndose al caudillo en toda su belleza, entregándose á él.

Las claras pupilas del caudillo relampaguearon

con la codicia del deseo, con el propósito de salvar, para poseerla, aquella divinidad que el desastre ponía á su merced.

María vió esta mirada, la comprendió, y, rápida, con furia de hembra á quien le disputan el macho, alzó su arma y la descargó contra el cuello de Julia.

Esta quiso evitar el golpe, pararlo con la mano. No pudo. Bajó silbando el hacha, partió por los dedos la mano é incrustó su filo en la garganta de la hermosa.

Julia, tras un último esfuerzo para tenerse en pie, cayó de golpe, desplomada, como un ídolo roto, sobre las baldosas, que se tñieron con su sangre.

VI

Amanecía. La luz pálida de la aurora daba misterio al patio. En su centro, el cadáver de Julia, profanado por las mujeres, yacía en desnudez total. La última gota de su sangre salióse por la herida. En un capricho feroz, en un refinamiento salvaje, las hembras del jornal, luego de escarnecerlo, habían lavado el cuerpo de la hermosa.

A los rayos del alba el cadáver aparecía blanco. No carne, mármol era en su alabastrina frialdad; helénica estatua que recordaba á la Venus de Milo, con su brazo mutilado, falto de la mano que la divina hetáira extendía para enseñar á los inmortales su lecho.

Manuel, sentado en una piedra, con el codo sobre la rodilla, el hacha á los pies y el mentón en el puño, la contemplaba silencioso, paseando por ella el mirar de sus claros ojos de halcón.

Así debieron contemplar los caudillos bárbaros á las hembras de mármol, rotas por el hacha de sus guerreros en la capital de los Césares.



